La boya que llevaba dos lunas

Por Shyvirelle

La boya apareció después de una tormenta pequeña, de esas que no rompen nada pero cambian de sitio lo que estaba mal guardado. Flotaba al lado de la rampa de la escuela de remo, sujeta por una cuerda corta a una argolla oxidada. Era blanca, larga como un antebrazo, con una media luna azul pintada en un extremo.

—Es la que perdimos el invierno pasado —dijo Mauro, uno de los antiguos alumnos, apenas la vio.

A Leonor, la instructora, le molestó la rapidez con que todos estuvieron de acuerdo. El año anterior habían perdido una boya, sí; también habían extraviado cuatro palas, dos guantes y una caja de tornillos que apareció bajo un banco. La memoria de la escuela funcionaba mejor para las historias que para el inventario.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—La luna. Siempre tuvo esa marca.

Leonor llevó la boya al galpón. Debajo del barro había un parche de resina en la unión de las dos mitades. La pintura azul se interrumpía en el borde del parche. No se veían iniciales ni una fecha, solo aquella curva imperfecta.

Hizo que la dejaran sobre una mesa de trabajo y no permitió que la limpiaran aún. En la escuela, cuando un objeto regresaba del agua, lo primero era saber dónde había estado; después se podía celebrar su vuelta.

El martes pidió a Mauro que colocara la boya en la pila donde probaban los flotadores. Quería ver qué extremo quedaba arriba. La media luna pintada se sumergió hasta la mitad. Mauro frunció el ceño.

—Antes miraba hacia nosotros —dijo—. La recuerdo desde el embarcadero.

—¿Desde cuál lado del embarcadero?

Mauro señaló el lado de las lanchas. Leonor se trasladó al extremo opuesto de la pileta. Desde allí, la pintura apenas se distinguía. Lo que Mauro llamaba «dar la vuelta» podía ser simplemente haber cambiado el lugar desde donde miraba.

Sin embargo, el parche tenía una pequeña incrustación de arena y una diferencia de grosor. El reparador había colocado un refuerzo dentro de la carcasa, de modo que un extremo pesaba más. Al soltarla en el agua, la boya giraba lentamente y ofrecía al observador una cara distinta.

Leonor tomó una fotografía del parche, abrió la tapa de revisión y encontró en la cara interior otra media luna, más pequeña, moldeada en el plástico desde la fabricación de aquella serie especial. No se veía desde fuera ni era un dibujo añadido con pintura.

—Dos lunas —murmuró Mauro, asomándose—. Entonces sí es una copia.

—O estamos recordando mal cuál era la señal.

La instructora señaló que la media luna interior no podía haberse pintado después. La exterior sí. Eran pistas distintas, aunque podían pertenecer a un mismo propósito. Y la

reparación explicaba el cambio de orientación, pero no explicaba por qué alguien había pintado una luna azul donde ya existía otra oculta.

Leonor buscó el cuaderno de prácticas del año anterior. Estaba húmedo en las esquinas; varias páginas habían sido arrancadas para anotar compras. Halló un dibujo sencillo de dos equipos que rodeaban una boya, uno por cada lado del canal. Una flecha roja se curvaba a la derecha y una azul a la izquierda. No había una fecha junto al dibujo.

—Aquello fue una competición —recordó Mauro—. Nosotros, los del equipo rojo, acabamos primero.

Leonor no recordaba una competición. Recordaba haber suspendido un ejercicio porque el viento empujó el material fuera de la zona marcada. En aquel entonces acababa de llegar a la escuela y nadie le había explicado quién recogía los equipos después.

Al fondo del galpón encontró dos madejas de cuerda, una roja y otra azul. Las extendió sobre el suelo y colocó la boya entre ambas. Si se rodeaba por el lado rojo, la media luna pintada quedaba del lado que veía quien remaba. Si se daba la vuelta por el lado azul, la marca desaparecía detrás de la boya. Con el peso cambiado por la reparación, el mismo giro dejaba ver la cara contraria.

—No pruebes el recuerdo con los ojos de hoy —le dijo a Mauro—. Prueba el recorrido de entonces.

Mauro sostuvo la cuerda roja. Leonor caminó con la azul. Al cruzarse, ambas cuerdas rozaron la boya y el objeto giró, primero en un sentido y luego en el otro. Debajo de la tapa interior, la otra luna no cambió de lugar ni una sola vez.

—¿Por qué necesitábamos dos marcas? —preguntó Mauro.

—Porque las dos rutas tenían que encontrarse en el mismo objeto. Una marca podía servir para reconocer las mitades de la boya al revisarla; la otra, para que los equipos supieran qué extremo tenían delante.

Lo dedujo, no lo afirmó como recuerdo. Todavía faltaba averiguar quién había colocado la pintura y qué significaban las flechas.

Ese jueves recibió la visita de Irma, que ahora llevaba la contabilidad de una cooperativa de pesca. Había trabajado durante años en la escuela, primero ayudando a sacar embarcaciones y después recogiendo material al acabar las clases. Leonor le mostró la boya, las cuerdas y el cuaderno.

Irma reconoció la luna interior en cuanto Leonor abrió la tapa.

—Las encargamos así para aquella práctica —dijo—. Íbamos a revisar las boyas entre dos equipos; la luna interior nos permitía identificar las mitades del mismo casco cuando abríamos varias. Esa señal evitaba mezclarlas durante una reparación.

—¿Y la luna azul?

Irma se rio. Buscó en una caja una cinta desteñida del mismo color.

—Eso lo pintamos quienes recogíamos. Había dos grupos de alumnos que debían seguir cuerdas diferentes hasta la misma boya. Unos llegaban por la derecha; otros, por la

izquierda. Nosotros nos quedábamos en tierra para comprobar si devolvían todo. Si la luna azul aparecía del lado equivocado, había que revisar por dónde habían pasado.

—Mauro dice que ganaron los rojos.

—Los rojos llegaron antes. Los azules encontraron el cabo que se había soltado. Y nosotras, que no competíamos, estuvimos hasta el anochecer buscando la boya que faltaba. Esa se fue corriente abajo.

Irma dio dos vueltas a la cuerda azul alrededor de su muñeca, como quien reconoce un gesto.

—La recuperamos al día siguiente, rajada. El padre de una alumna le puso resina. Yo no sabía que todavía estaba por aquí.

Leonor miró el parche. No había una desaparición inexplicable de un año: había una recuperación que nunca volvió a escribirse en la lista. La boya había regresado una vez y se había perdido otra, esta última por descuido de quienes la almacenaban. Parecía ser el mismo, pero no había atravesado el año esperando a que lo reconocieran.

El sábado, antes de la clase, Leonor trazó en el patio dos recorridos con las cuerdas de colores. Pidió a los alumnos que no se acercaran al agua; la reconstrucción sería en seco. En el centro colocó la boya sobre un cubo bajo para que pudiera girar.

Primero dejó la luna pintada hacia la cuerda roja. El grupo rojo avanzó y la dejó mirando al lado contrario. Después el grupo azul siguió su ruta; al acabar, ambos grupos señalaron extremos distintos de la misma pieza. Leonor abrió la tapa para enseñar la media luna moldeada.

—Esta no se mueve con las opiniones —dijo—. La otra sí puede esconderse cuando cambia la posición de la boya. Y el parche hace que flote de otra manera. ¿Cuál de las dos usamos para recordar el ejercicio?

—Las dos —contestó una alumna—. Pero por razones diferentes.

Leonor entregó a Irma una hoja en blanco para que dibujara cómo habían recogido el material aquella tarde. Irma añadió, junto a cada ruta, una flecha que regresaba al galpón. No puso un ganador en ninguna.

Mauro observó el dibujo y preguntó si podían repetir la práctica el mes siguiente. Leonor dijo que sí, siempre que acordaran desde el principio quién retiraría las cuerdas y contaría las boyas al final. Esta vez, esa labor tendría un nombre en la hoja y personas responsables, no una casilla invisible.

Cuando guardaron el material, Irma pasó un dedo por la media luna pintada. Parte del azul se quedó en su piel.

—Si la repintan, procuren no hacerla perfecta —pidió—. Así sabremos que es esta.

Leonor no prometió conservar cada arañazo. Colgó la boya junto a las cuerdas rojas y azules y anotó, en un inventario nuevo: «Recuperada; dos marcas, dos funciones; reparación anterior». Debajo dejó una línea más larga para el nombre de quienes siempre llegaban después de todos los demás.